

PEMAN PATRIARCA Y ESPECTADOR

HEMOS aprovechado una de las breves estancias de José María Pemán en Madrid, para charlar un rato con él. La idea de esta entrevista se remonta a hace ya casi un año, pero siempre diversas circunstancias la habían impedido. La cita tampoco ahora ha sido fácil. Pemán trata de concentrar, en sus escasos días madrileños, todas aquellas actividades que no puede resolver desde su querida y tranquila Cádiz. Conferencias, sesiones académicas —dedicadas, en este caso, a los Quintero—, homenajes, conforman un apretado programa en el que resulta difícil introducirse. Pudimos conseguir al fin cuarenta y cinco minutos, que nuestras doce holandesas reproducen en su casi absoluta totalidad. *¡Badas, pues, las características en que se realizaba el encuentro, preferimos plantear cuestiones generales —intentando ser precisos en la formulación—, que preguntas de detalle en torno a la obra o a la vida de Pemán. Buscamos más sus opiniones que sus precisiones, escuchamos más que dijimos, tratamos de ser, una vez más, intermediarios y nunca protagonistas.*

Fiel a unas ideas, que ha mantenido contra viento y marea en ocasiones, sin aprovecharse de ellas al nivel que es habitual en nuestro país, Pemán aparecía ante nosotros —cordial, abierto al diálogo— como un anciano, muy mermado físicamente, que ha dedicado toda su vida a un trabajo de tipo intelectual. Sea desde la postura política que sea, ello merece una consideración. Como, a nivel humano, lo puede merecer su entusiasmo por Cádiz o sus lágrimas ante el recuerdo de la mujer que hace cinco años ya no está con él:

TRIUNFO.—¿En el momento actual de la cultura española, usted se considera ya una especie de patriarca que está por encima de las tensiones del mundillo intelectual, o todavía se siente un ser activo, vivo, metido como el que más en esas tensiones?...

JOSE MARIA PEMAN.—Desde dentro uno se considera vivo siempre, ¿no? Quizá esté jubilado en determinados trabajos, pero los jubilados están vivos también. Aparte de que yo creo que lo que más alarga la vida es una enfermedad larga. Porque mientras uno esté enfermo no se puede morir... Yo tengo cierta esclerosis, ciertas dificultades de movimiento —no de Movimiento Nacional, sino de movimiento físico—, y lo conllevo. Pienso que peor es morir.

T.—Pero usted trabaja mucho, escribe mucho...

J. M. P.—Sí, sobre todo las cosas de prensa. El teatro lo disminuyo mucho porque tiene una organización muy distinta a la de mi tiempo, donde había compañías fijas, uno mandaba a los empresarios amigos las obras y ellos ya se encargaban de todo. Pero ahora se forma la compañía para cada obra, hay mucho dinero por medio —porque todas las cosas son ahora muy caras— y los em-

presarios tienen que responder a un imperativo económico muy fuerte. Y como todo esto habría que emprenderlo estando en Madrid constantemente y yo no estoy casi nunca, pues me quedo atrás, desde luego. Lo último que estrené aquí fue «Tres testigos», hace dos años, que ahora se va a poner en Barcelona. Tengo ya a punto «Lysistrata, primera dama», que es una Lysistrata en broma que se desarrolla en la actualidad. Pero hay problemas en encontrar la actriz adecuada para el personaje.

T.—Insistiendo en la primera pregunta, ¿se tiene usted a sí mismo por un clásico?

J. M. P.—Pues sí, porque, desde luego yo no hago literatura de vanguardia. Aunque ahora el clasicismo y el vanguardismo no son cosas tan definidas, tan claras. Creo que tengo un clasicismo bastante abierto y bastante comprensivo. Después, parece que los jóvenes a mí me tratan bien, siem-

pre que he tomado contacto con ellos han sido cordialísima, comprensiva conmigo. Son los entrevistadores los que me dicen: «¿Y por qué los jóvenes no le quieren a usted? ¿Por qué las minorías intelectuales no le consideran?». Es que yo no sabía que no me consideraban ni nada de eso, pero, si usted lo dice, así será. Yo no encuentro por ahí más que jóvenes que me piden autógrafos y que son muy amables. Y, además, creo que los comprendo, porque he tenido muchos jóvenes a mi alrededor, una familia larga, muchas familias laterales también, y conozco mucho la juventud por dentro. Y les doy un origen de razón: aquello que Marcuse puso al descubierto, pero que lo piensa cualquiera y un cristiano más, que es que el móvil al que le han enseñado a ir todos —por eso Marcuse habla de «El hombre unidimensional»—, lo mismo el marxismo que la democracia cristiana, que el liberalismo, todos, es una vida económica y de con-

''EL INTELECTUAL TIENE MUCHO MAS QUE HACER, SIEMPRE Y POR PRINCIPIO, EN LA CRITICA QUE EN EL SAUMERIO''.



PEMAN

fort, una cosa material, un hedonismo, ¿no? Y la juventud lo que dice es, bueno, eso no lo hemos votado nosotros, esa exclusividad, sino que nos interesa una vida con otras alturas; a lo mejor, trabajar como se trabaja nos interesa menos que trabajar menos y tener una vida más llena del espíritu. ...Y en eso tienen toda la razón. Hasta tal punto que su planteamiento tiene un lado cristiano de siglo XX: no coagularse en las cosas materiales. Eso yo ya lo he escrito mil veces, y algunos, pues, ya lo van comprendiendo.

T.—Usted que ha sido un hombre que ha vivido como protagonista estos treinta o cuarenta últimos años de la vida cultural española, ¿en qué sentido cree que evolucionará nuestro proceso cultural?

Tagore machacados en la pequeña pantalla por anuncios de caldos y detergentes? Eso es una cosa antiselecta por naturaleza, contraria a esos conceptos que decimos tener. Sin embargo, la vida económica va por otro lado y eso no se puede mover... Lo de siempre. ¿Tú comprendes lo que es estar muriéndose Romeo y Julieta..., intermedio, caldo tal, Gallina Blanca o la gallina de cualquier color?... Son cosas que contradicen lo que la época espera de sí misma, que es ir afinando las cosas, no ir las masificando. Aparte de que tampoco es masificación, porque eso no le gusta a nadie. Yo creo que debería haber un movimiento de no comprar lo que interrumpe una obra clásica en la televisión. ¡Vamos a hacer una revolución en ese sentido!...

Zumalacárregui y Espartero, del brazo y por la calle

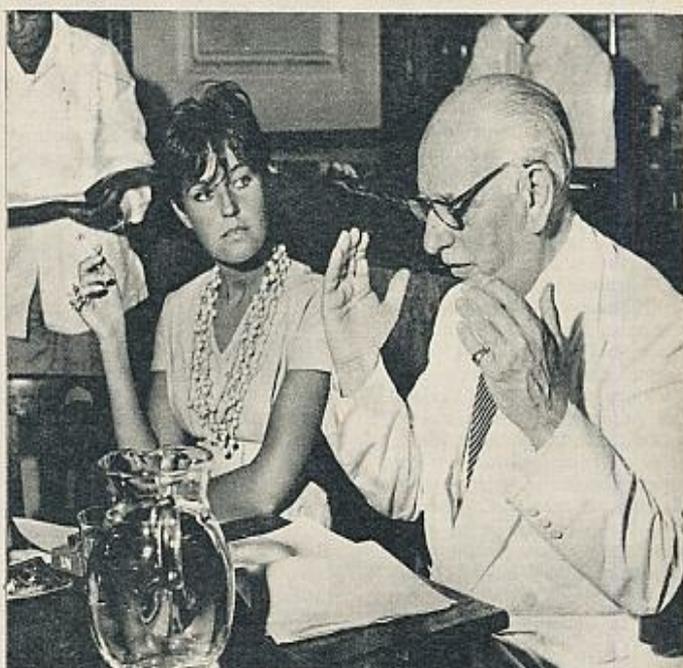
T.—¿Se siente usted ante todo un liberal?

J. M. P.—Hombre, soy de Cádiz... Marañón decía siempre —lo decía en guasa— que cuando se hablaba de que las Cortes de Cádiz, la Constitución eran inviables, una utopía, es que la gente no se daba cuenta de que para Cádiz sí servían... Allí el ambiente es liberal por naturaleza, un liberalismo moderado, un liberalismo educado. Proviene de una ciudad que fue muy ciudad siempre, porque no tiene campo; Cádiz vivió siempre una vida muy urbana, ¿verdad? Y mucho extranjero que había entonces, y sigue habiéndolo, mucho consúl... Hay un mo-

ñola. Imaginaos que toda nuestra zarzuela va dirigida a la defensa de la libertad: «Amor y libertad» es el coro de «Bohemios», y esto es «Luisa Fernanda», las barricadas por la libertad, por la libertad... Salvo Narváez, todos los generales se sublevaron en nombre de la libertad (Espartero, O'Donnell, el duque de la Torre, Pavía...), todos eran liberales. Liberales biológicamente, liberales filosóficamente, no liberales concretamente de partido. Esa dimensión popular-liberal es precisamente la que yo considero. Se podría hacer un estudio a fondo de la zarzuela en este sentido... Y no digamos nada de los tanguillos de los carnavales de Cádiz, donde se ha criticado todo con toda libertad. ¡Hay que ver las



Peman, con dos de las actrices que han representado su teatro: Catalina Bárcena (a la izquierda), momentos antes del estreno de «Paño de lágrimas» en el Eslava, de Valencia, durante el mes de octubre de 1951. En la foto de la derecha, Analía Gadé asiste a la lectura de «La viudita naviera». Era el año 1960.



J. M. P.—Evolucionará en todo el mundo —y figúrate en España lo que queda para eso— hacia un sentido mucho más liberal de la cultura misma. No quizá de la vida, porque la libertad de la vida es ya una cosa fáctica, que unas veces se puede y otras no se puede, pero sí de la cultura. Parecerá entonces monstruoso mucho de lo que se ha hecho con la cultura universal y con la española, monstruoso. Por ejemplo, en nuestra época se presume, probablemente con razón, de que tenemos un concepto mucho más noble y depurado del arte. ¿Y cuando les digamos a nuestros nietos que hemos oído las obras de Shakespeare o los versos de Leopardi o de

T.—¿Pero sólo en ese sentido cree usted que es monstruoso lo que se ha hecho con la cultura española en los últimos años?...

J. M. P.—¡Ah, no! Creo que es monstruoso lo que se ha hecho de coacción. No tanto de no dejar como de incitar a la gente a que fuera rentable el que se dijera lo otro. Eso es peor que decir, bueno, esto no lo puede usted decir ahora... Los que están en elementos policiales o coactivos de una nación saben muchas veces cosas que pueden ser peligrosas. Pero adúlterar las cosas para tentar a la gente a que diga lo otro, eso es lo que me parece tan contrario al Derecho Natural... Y hace gran daño a una cultura, claro.

mento en que todo empezó en Cádiz, porque empezaron las Cortes, el parlamentarismo, la Constitución, el socialismo, la masonería, el romanticismo, la lotería... Todo... Y la opinión pública, que se formó paseando por la calle Ancha, después de las Cortes, comentando las cosas que se habían discutido en las sesiones. Allí usted se encontraba dos cadetes que iban del brazo paseando y uno era más o menos que Zumalacárregui y el otro Espartero, que eran cadetes entonces... Y nos visitó lord Byron... En fin, una vida muy intensa, en realidad es que toda España estaba allí.

»Todo eso predispone a un liberalismo, además liberalismo que es una dimensión popular espa-

cosas que se han dicho allí! Sería una manera estupenda de estudiar a la opinión pública. Te encuentras en esos tanguillos una postura absolutamente liberal hacia la vida de relación pública, no soportan la más mínima censura. Y, al mismo tiempo, son refractarios, tradicionalistas y terribles para la moral, sobre todo de las mujeres. Todas las modas femeninas han sido zaheridas, cuando se cortaron el pelo a lo «garçon», cuando se disminuyeron la falda, cuando empezaron a fumar... Todo eso tiene una exégesis terrible y demoníaca. Al mismo tiempo, la libertad...

»Se podía hacer un estudio, talmente una tesis doctoral, y sería muy curioso, porque eso es



Adaptador de la obra, Pemán aparece en 1954 rodeado por las actrices del coro de monjas de «Diálogo de carmelitas».

"LA FUNCION CENSORA ES UNA FUNCION ANTINATURAL, IRREALIZABLE DEL HOMBRE CON RESPECTO AL HOMBRE".

soberanía popular, puesto que lo escriben, lo cantan y lo dicen los mismos elementos, ellos mismos lo hacen todo, desde componerlo a cantarlo. Además, es el único folklore que hay en Andalucía. Allí se basta un hombre solo para torear o para cantar. Pero los tanguillos de Cádiz son comparsas, grupos de veinte o treinta personas... Es el único caso en Andalucía.

T.—¿Y ha sido fácil, señor Pemán, ser liberal en la España de la posguerra, en la España de estos últimos casi treinta y cinco años?...

J. M. P.—Mira, si te he de decir la verdad, a mí me ha costado poco trabajo. Aunque he conocido toda clase de enormidades. Cuando me destituyeron de la Academia Española (1), quedaron molestos conmigo y no sé qué...

(1) José María Pemán fue destituido como director de la Real Academia Española de la Lengua a raíz de haber pronunciado una conferencia en la Academia de Jurisprudencia entorno a la figura de José Calvo Sotelo. Se le acusó entonces de minimizar la ejecutoria de José Antonio en favor de la personalidad del diputado monárquico. Por la misma época, Pemán era consejero nacional del Movimiento, cargo del que —sin embargo— no fue removido. El mismo cuenta que con motivo de esta destitución académica, un «amigo zumbón» comentó: «Por lo visto, si hubiera dicho "haiga" o "endenantes" en un discurso, le hubieran quitado del Consejo Nacional; como su falta se pretende que ha sido política, le han quitado de la dirección de la Academia de la Lengua».

Entonces yo fui a América a dar conferencias en tres ocasiones; a la vuelta de una de ellas conocí un telegrama de prensa a las Redacciones de los periódicos del Sur en que se decía que no se organizara ningún recibimiento entusiasta al señor Pemán, que volvía de América... Figúrate tú si... eso a mí ya no me incomodaba. En cambio, no tenía correlación con la censura de lo escrito, no se atrevían a meterme la tijera. Entonces se atrevían a lo del telegrama, que era subrepticio como un ratón, y no se atrevían a decir corte usted el artículo de Pemán tal o cual... Y no lo hacían, salvo algún pequeño corte. Era una cosa bastante incongruente, ¿no?

«Y cuando en Jerez... Jerez dedica cada año las Fiestas de la Vendimia a una nación europea de las que están en su clientela. Y un año, claro, le tocó a Inglaterra, que es el país que tiene más negocios en Jerez. Y se recibió un telegrama —eso lo he visto yo, no es que me lo hayan contado— donde decía: «No se dé relieve —en toda la prensa del Sur— a la Fiesta de la Vendimia de Jerez este año ni se admitan citas de Shakespeare ni de ningún otro escritor inglés... Yo tuve un discurso en la cosa de la transmisión de capataz, que cada año hay un capataz de honor, y hablé todo el tiempo de Shakespeare, y de ahí salió la idea de hacerle un monumento en Jerez. Porque Shakespeare es el hombre que ha citado más el vino jerezano, hay ciento y pico de citas relacionadas en su teatro... Entonces le hicieron el

busto como agradecimiento y ahí lo dejaron...»

«Eso fue en el período aquel de Arias Salgado, que fue tremendo. Yo tenía un guión, que no lo había hecho yo, lo mandaron a informe por la Academia, donde estaba cortado por la censura: «A Dios rogando y con el mazo dando», que es un refrán muy conocido... Bueno, pues lo habían quitado, cualquiera sabe por qué. Y a mí me pasó con «Metternich», una comedia bastante divertida que yo hice sobre este personaje. Di una lectura de esas que se daban en casas de amigos y acababa de llegar la obra de censura con una sola tachadura. Antes de empezar a leerla propuse una especie de concurso para ver quién adivinaba lo que habían tachado. Claro, la obra tenía mil suspicacias posibles para una persona que ya estuviera sobreaviso, ... vamos a ver, cuando dice esto de Francia o habla de la dictadura o habla de la monarquía... mis amigos tomaban notas y apuntaban posibles cortes mientras yo leía. Terminé y nadie ganó el concurso, ninguno de ellos había acertado. Les tuve que dar la solución: no hay más que una palabra borrada, en una acotación de la escena final cuando dice: «Se besan apasionadamente». Le habían quitado el «apasionadamente», no el «se besan»... Esto habrá que consultarlo con los especialistas, que manden un cronometrador que diga: «Ya, ya empieza la pasión...». Eso indica cómo se hacían las cosas.

«Dejándonos ya de anécdotas, lo que pasa es que para mí la función censora es una función

antinatural, irrealizable del hombre con respecto al hombre. Porque lo que ha escrito uno no es nunca del todo lo que el otro lee. No puede nadie enterarse en realidad y, como la literatura anda escarbando en los fondos, sin conocer esos fondos nadie puede llegar a juzgarla del todo. El crítico está criticando u opinando sobre cosas que no tiene en la mano. Con respecto a la función censora, más aún; insisto en que va contra el Derecho Natural y me parece una labor casi irrealizable.

T.—¿Cree que en relación a esos tiempos de Arias Salgado, en esto si se ha mejorado últimamente?

J. M. P.—Repito que yo nunca he sentido la censura muy fuerte sobre mí. Ahora, claro, la gente lo resuelve diciendo que es que yo tengo «bula»... Pero yo no he pagado ninguna bula; la bula de la Santa Cruzada se pagaba y yo ésta no la he pagado... Aparte de que esto de Cruzada, ya no considero yo que estemos en una Cruzada, ni he considerado nunca que esto fuera un buen término... De manera que, no sé, yo creo en la cosa ordinaria, la coacción ha variado. En lugar de ser supresión es querer orientar todo según una sola línea.

El alquiler del intelectual

T.—Si consideramos al mundo dividido en dos grandes bloques (capitalista y socialista, consumista y socializante), ¿cuál es la visión que —desde su postura liberal— mantiene cara a ellos?, ¿cómo ve un liberal tradicional el mundo de mil novecientos setenta y dos?

J. M. P.—Creo que los dos bloques están en una posición muy peligrosa, porque ninguno de ellos se está enfocando hacia las posibilidades de un entendimiento. Entendimiento que fatalmente tiene que existir en la vida, porque esos bloques irán evolucionando, pero terminarse de momento no pueden terminarse, porque se hundiría la economía... Como pasó con la esclavitud, todo el mundo sabía que aquello era antinatural, pero tenía en contra que se hundía la economía mundial si la mano de obra gratis desaparecía... Mientras no se prepare el que la cultura que se incide sobre uno y otro bloques sea una cultura preocupada, más que por la tesis de cada uno de los grupos, por las posibles subtesis de entendimiento y que van a la síntesis, pues viviremos en una peligrosidad absoluta. Todos vivimos en la incertidumbre con respecto al día de mañana, nadie sabe muy bien por dónde van a ir las cosas.

T.—Entonces, ante estos dos bloques, ese liberalismo suyo, ese liberalismo de las Cortes de Cádiz, está condenado a morir...



 **Pan Am. Nuevas Aventuras**

Nueva York

3.500 Pts.

todos los sábados

Por 3.500 ptas. al contado y 24 plazos mensuales de 788 ptas., o bien 19.350 ptas. al contado, usted podrá disfrutar de 9 días en Nueva York, incluyendo días de salida y llegada. Avión de línea regular, hoteles 1.º clase, traslados, visita a la ciudad, y propinas, todo incluido.

Fechas de salida:

25 noviembre. 2-9 diciembre.
6-13-20-27 enero. 3-10-17-24 febrero.
3-10-17-24-31 marzo.

Salidas especiales:

23-27 diciembre (Navidad, Año Nuevo)
14-15-16 abril (Semana Santa)

Consulte a su Agencia de Viajes o a:

 **Pan Am.**

Edificio España, Madrid-13 - Tel. 241 42 00 ó Mallorca, 250, Barcelona-8 - Tel. 215 20 58

Envíenme, sin compromiso por mi parte, toda la información a

Sr. D. _____

Domicilio _____ nº _____

Ciudad _____

N.º Dto. Postal _____ Teléfono _____

Viajaría acompañado de _____ personas

Mi Agente de Viajes es _____

PEMAN

J. M. P.—No, no; precisamente ese liberalismo debería ser el vehículo de entendimiento. Pero, claro, si se constriñe será la víctima, y entonces faltará incluso la voz, incluso la tribuna o el tablado, desde donde poder amonestar a uno y a otro.

T.—Según este planteamiento, usted entiende la función del intelectual como una función esencialmente crítica...

J. M. P.—Sí, sí, tiene mucho más que hacer siempre —siempre y por principio— en la crítica que en el saumerio. Se quiere alquilar muchas veces al intelectual para eso, para turiferario, y su función propia es la de la crítica en cuanto análisis racional y distinción.

«Pero «crítica» en el sentido más exacto de la palabra. Porque es que tenemos —el otro día estudiaba yo esto en una de las conferencias que he dado en Madrid— una tendencia natural a llevar el lenguaje hacia su sentido negativo: tú dices «criticar» y para la gente es «sacar defectos». Tú dices «barrio» y «barrio» es una demarcación, puede ser el barrio de Salamanca o el de Lavapiés; pero si hablas de «cine de barrio» ya se entiende que es de extramuros, ¿no? Tú dices «dantesco» y, ¡oh!, todo el mundo se imagina una catástrofe... Pero, bueno, Dante también describió «El Paraíso», lo mismo que «El Infierno»... Todo es así; tenemos una tendencia peyorativa. Que no viene desde principios de siglo, desde el hundimiento de todas las estructuras antiguas. La incertidumbre siempre produce pesimismo.

T.—Usted ha sido un intelectual digamos popular en el país...

J. M. P.—Sí, ya comprendo lo que me quieres preguntar: que cómo he conciliado dos dimensiones que no son nada fáciles de unir... Bueno, yo creo que me toleran los intelectuales y me tolera el país. Encuentro muchos amigos producidos por la televisión y tengo también buenos amigos en las Academias y en la Universidad, donde se producen por otra clase de estudios. Por otra parte, es el resultado también de una vida entera, que yo tengo setenta y cinco años y no he hecho otra cosa en mi vida más que leer y escribir. Tuve dos años o algo así de ejercicio de abogado, y después ya me fui al teatro, a la poesía..., y no he hecho más que literatura. Claro, los enemigos que tuviera que tener tendrían que ser literarios, y eso pasa pronto, son cosas de las primeras reacciones. Después ya fácilmente se es un patriarca, y a los patriarcas con tal de no obedecerlos... Venerarlos se los venera con mucha familiaridad. Lo que no se hace es obedecerlos. Y con mucha razón.

T.—Pero dentro de este montón

de años de trabajo intelectual también ha habido un aspecto político en su actividad. Usted ha estado muy ligado a la Casa Real de don Juan de Borbón, a una defensa de la Monarquía como...

J. M. P.—Sí, pero más que política, todo eso ha sido un poco social, en el sentido de que no era nunca política adscrita a un partido (yo nunca estuve inscrito en un partido) ni a una tesis muy concreta, sino a una idea muy general, como es, por ejemplo, la de Monarquía... Yo creo que lo más serio que ha habido entre nosotros en esto de la Monarquía ha sido Acción Española, una institución que tiene mucho que estudiar. Defendíamos entonces un tipo de Monarquía que no sé si coincide exactamente con la que se le está presentando ahora a la juventud española... Aun tratándose de la Monarquía clásica,

poco espectador de todo esto. Para mí, la solución de un país es la unificación cultural. Y por ahora, en España, esa unificación cultural no se ha producido. Creo que el número básico de una nación es el número de personas que pueden pasar a la Universidad y recibir educación universitaria. Si ese número es muy pequeño con relación al número total de habitantes no hay paz posible en una nación ni se ha realizado nada porque se suban los sueldos, porque se suban los... Lo estamos viendo, gente que gana dinero y todo eso, pero que tiene una cosa diferencial con respecto al otro que tradicionalmente es el señorito; y mientras se mantenga esa cosa diferencial es que entonces no se ha solucionado nada. Tiene que haber una igualdad en muchas más cosas que no sólo en el dinero.

las cosas. Aunque en el fondo siempre tengo una gran preocupación, una enorme preocupación. Ya dije en una ocasión que yo era un hombre triste que decía cosas alegres. Y eso es verdad, porque, además, nunca hago exhibición de preocupaciones, como tampoco la hago del dolor. Yo me quedé viudo hace cinco años, y eso, para una persona ya de mi edad, es muy duro. Sin embargo, no he molestado a nadie contándole penas, sino que he tratado de dar la parte alegre de mí, empezando porque es la que le interesa a la gente. ¿Para qué quiere cada uno conocer las penas de los demás cuando ya tiene las propias?

T.—Y si, dentro de ese situarse como espectador, viera usted su propia vida, esos setenta y cinco años de que usted hablaba, ese trabajo ininterrumpido, ¿qué cree usted que pensaría, cómo reflexionaría ante ello?

J. M. P.—Pues mira, yo creo que en toda vida —vista así, panorámicamente— hay muchísimo que corregir, muchísimo que desbrozar. En lo que respecta a la mía, probablemente arrepentimientos profundos no tengo, porque hay que considerar que lo circunstancial es enorme en la vida, y entonces se obra..., en fin, es el «yo y mi circunstancia», que decía Ortega... Fijaos que una mente tan clara, tan filosófica como la de Ortega puso al mismo nivel el «yo» y la «circunstancia»... De manera que es inevitable, la circunstancia es la parte social del hombre que es nativa en el («no es bueno que el hombre esté solo» y todo eso)... Entonces no se puede considerar nunca a la circunstancia como una disculpa, como una evasión, sino como una parte confrontada y unificada sustancialmente con el yo. Y, por lo tanto, tan necesaria a la hora de valorizar a una persona como lo puedan ser su mente, o su pelo, o sus piernas. Por ello, no ya que perdonar, hay que comprender. En cuanto se comprenden las circunstancias se comprende todo.

T.—Y en el balance final, ¿ha prevaecido José María Pemán o las circunstancias?...

J. M. P.—En el mío, personalmente, José María Pemán, a costa de una serie de cosas... Mira, eso no tienes más que pagarlo con no tener ambiciones, con no querer cargos políticos, con no admitir embajadas, con no admitir... Al que le parezca caro, pues le parece caro y no compra el producto. Pero al que le parece barato —porque lo que más estima es su propia verdad y su propia personalidad—, entonces paga y cumple. Es muy sencillo. Y, al mismo tiempo, es todo. ■ Entrevista registrada en magnetofón por FERNANDO LARA y DIEGO GALAN. Fotos: RAMÓN RODRIGUEZ y Archivo de TRIUNFO.



Ensayos de «Julio César», de Shakespeare —con versión libre, en verso, de José María Pemán—, en el teatro romano de Mérida. A la izquierda del académico gaditano, José Tamayo, director de la representación; a su derecha, el Rey Umberto de Saboya y su hija. Han pasado más de diecisiete años.

cualquier monárquico de los de hoy la querría sin excesos en cuanto a liturgia, en cuanto a oropel exterior... Una Monarquía popular, no enseñarles a los jóvenes toda la parte de la Monarquía menos inteligible para ellos... Acabo de escribir un artículo en «ABC» sobre este tema... (2).

»Aunque yo ya me considero un

(2) El párrafo central de este artículo («Futuro liberal y socrático», «ABC» del 17-XII-1972) fue reproducido en «Hemeroteca 72», de TRIUNFO, núm. 534, bajo el epígrafe «La fachada menos inteligible de la Monarquía».

»Pero insisto en mi carácter de espectador. Todo va en relación, la Historia y las mujeres van en la misma relación. Y ya quiero ser espectador de ambas.

«Hay que comprender, no que perdonar»

T.—¿Y cómo es el espectáculo en su totalidad? Triste, alegre, lo pasa usted bien, lo pasa mal...

J. M. P.—Bueno, yo lo paso bien porque aplico a ello un poco el humor y un sentido andaluz de